

La publicación de casi todo el teatro que se hace es memoria viva

Francisco Nieva. Discurso inaugural del «IV Salón Internacional del Libro Teatral»

Es para mí una alegría —y sin duda un honor— inaugurar este **Salón del Libro Teatral**, porque fueron los libros de teatro, más que las representaciones que pude ver en mi adolescencia y primera juventud, lo que me convirtieron en autor. De pequeño y adolescente, el teatro me impactó, comenzando por las marionetas; y, aquello que tuve más a mano para incrementar mi vocación, fueron las marionetas y el teatro impreso. Tanto los entremeses de Cervantes como las zarzuelas de Ramos Carrión.

En mis tiempos, Madrid era un emporio teatral, que ahora ignoramos y casi no podemos imaginar. La cartelera se ornaba con los más prestigiosos nombres —ya históricos— de intérpretes y autores españoles. Arniches, Benavente, los Machado, Marquina, Casona, los Quintero, Azorín, Unamuno, Rusiñol, Dicenta, Valle Inclán... Y, entre los actores la Membrives, la Xirgu, la Cobeña, Carmen Díaz, Loreto Prado, los Vico, los Calvo, Mesejo, Artigas, Ribelles... y no se pararía de contar. Aún era la República y — pese a las conmociones políticas— el ambiente cultural y teatral de Madrid, de Barcelona, de Valladolid, de Sevilla, de Valencia, de Bilbao era de lo más estimulante. Y de lo más informado al respecto, pues las publicaciones de teatro eran numerosas y fijas, semanales, mensuales, trimestrales... y de un precio de lo más asequible para un público popular.

En mi casa las compraban todas. Se vendían en todos los puestos de periódicos. Podía uno enterarse por las publicaciones de toda la marcha temporal del teatro y, sin poner los pies en Madrid ni en ninguna capital importante, seguir la temporada como un estrenista de lo más avisado y ferviente. Quien se acostumbra a leer teatro, lo hace de una manera interactiva. Se va imaginando su puesta en escena particular, a medida que va leyendo.

Por lo que pude comprobar después, en París por esa misma época, las publicaciones de textos teatrales de rigurosa actualidad, eran muchas más. Ahora, ni en París ni aquí, el libro de teatro nos salta a los ojos, hay que andar a buscarlo. Pero se encuentra, claro está. Los hábitos del espectador han cambiado mucho. Ser espectador de teatro es hoy más una vocación que una costumbre habitual.

Lo que no se descarta en ese tipo de espectador vocacional, es que intente recrear lo que ve —si tanto le interesa— leyéndolo para degustar y entender mejor aquello que ha visto. E, igualmente, aquello que se propone ver, un clásico, un moderno, un contemporáneo...

Pero he aquí una carencia de la que no padecíamos antaño. Desde el siglo XVIII, en Madrid, obra estrenada, obra publicada. Pero publicada antes del estreno, para que el aficionado pudiera comparar si la interpretación reforzaba y servía con

justicia a la obra o la debilitaba, y para poder discutir, en pleno conocimiento de causa, con los demás aficionados. Eran publicaciones muy económicas, de letra muy pequeña y apretada y en un papel que, si se mojaba, casi se disolvía de puro frágil. Pero allí estaban, y el amor al teatro, que a tantas gentes distinguía, hizo que se conservasen en gran medida, que perdurasen, a pesar de lo débil de su soporte. En muchos hogares, se coleccionaban y, luego, se encuadernaban por bloques. ¡Cuántos de esos mamotreto hogareños habré leído!

En las librerías de ocasión se hallaban apiladas y, cuando comenzó mi vida de teatro por otras ciudades y capitales extranjeras, lo primero que hacía, era ir a buscarlas, para descubrir publicaciones inusitadas y raras, de las que se había perdido toda memoria. Y así pude leer a grandes, pequeños, extranjeros o extraños dramaturgos, cuyas obras no podía conocer mejor estampadas y, algunas de ellas, de ningún otro modo. Estas se encontraban allí como perlas raras, e ir a la pesca de esas perlas era mi deporte favorito.

¿No hubiera sido una pena que se perdiera totalmente aquella capa inferior del teatro, que podía procurarnos muy grandes sorpresas y descubrimientos? Esto era para bendecir semejante empeño en los autores por dar a conocer públicamente el texto de sus obras, casi a medida que éstas se escribían y representaban.

El teatro es cosa tan efímera, que lo menos que se puede hacer en memoria del hecho teatral, es un testimonio de que, en efecto, fue tal hecho. Y que tal hecho puede tener gran significación para algunos o para muchos. La publicación de casi todo el teatro que se hace es memoria viva, llama votiva en honor de la musa Talía y en honor asimismo de las editoriales, que dejan a la historia suficientes testigos de una mentalidad y unas costumbres de época. Nada hay en esto que no se aproveche, tanto lo bueno como lo malo, incluso lo malo más aún, como más delator y espontáneo. Venero por fortuna inacabable, a partir de un cierto periodo. No hay historiador en el mundo que no investigue detenidamente en este ramo de la cultura.

Por ello mismo se puede saludar con júbilo este **Salón del Libro Teatral**, que tiende a incrementar esa costumbre, un tanto debilitada ahora. Puede que la electrónica o Internet se adueñen cualquier día de ese legado. Pero siempre será difícil buscar —navegando hasta marearnos— lo que, en tantas librerías de viejo especializadas, nos salta a la vista y a las manos sin ningún trabajo. Es más gratificante hacer un hallazgo que buscarlo. «Yo no busco, encuentro», dijo Picasso. Deseo para todos los que visiten este Salón, tan generosamente amueblado de cultura teatral, numerosos y felices hallazgos.

A todos les doy la bienvenida. ■

Esta revista ha sido editada por la AAT con la ayuda de:

